

El puerto antiguo de Roma

Jesús Gutiérrez Pérez

Mi difunto hermano y su esposa, la mía y yo, hemos hecho algunos viajes muy bonitos. Mi hermano se encargaba del coche y yo de la preparación del viaje y de la redacción posterior de las, así las llamábamos, memorias del mismo.

Esto me suponía un trabajo ímprobo. Por una parte, durante el viaje, tenía que estarme hasta las tantas de la madrugada cada día, mientras los demás dormían, haciendo el resumen de lo acontecido en la jornada. Y por otra, al terminar el viaje, tenía que darle forma e ir escribiendo a máquina, ya que no había todavía ordenadores personales, una cosica maja con la que disfrutar de nuevo del viaje al tener que rememorarlo. Y llegaba cansado del trabajo y tenía que ponerme a escribir muchas veces también hasta las tantas.

Por ello, después de uno de los viajes en que no terminé de desarrollar los apuntes, juré no volver a escribir sobre ningún viaje más.

Así, en el que hicimos a Italia con motivo de nuestras bodas de plata matrimoniales (al que se agregaron mi hermano y mi cuñada, y luego nosotros al suyo), no tomé ninguna nota y disfruté mucho más. Pero al despedirnos de nuestra tía Flora y sus compañeras también monjas, que tan bien se habían portado con nosotros alojándonos y tratándonos a cuerpo de rey, (o mejor dicho de obispo, ya que nos reservaron

la habitación del obispo, así llamada porque la tenían reservada para los altos mandatarios eclesiásticos), me pidieron encarecidamente que escribiese mis impresiones, y no pude negarme. Se lo merecían todo.

Así que cuando llegué a Hernani, donde vivía entonces, durante varias noches me dediqué febrilmente a hacer un resumen del viaje para desarrollarlo a continuación. Y para recordar mejor fui anotando día a día los lugares visitados, indicando si era por la mañana o por la tarde.

Y me encontré con que no podía recordar dónde habíamos estado una tarde determinada.

Tampoco mi esposa lo recordaba, y eran vanos todos mis esfuerzos mnemotécnicos. Parecía que no faltaba nada, pero quedaba una tarde en blanco.

Hasta que un día, mientras comíamos, se me encendió de golpe la bombilla y grité:

– ¡Ostia!

Mi mujer dio un bote y me miró asustada pensando que me había vuelto loco.

– No, perdón. Quiero decir que es la visita a Ostia lo que no podía recordar.

Y eso es lo que quisiera contar hoy. Resumido, claro. Han pasado casi 27 años y de los cinco protagonistas solo quedamos dos.



23-8-84, Jueves.

A la tarde vamos a ir a Ostia. No a Lido de Ostia (playa de Ostia) sino a Ostia Antica (Ostia Antigua). A las ruinas de la ciudad que fue puerta (y puerto) de Roma. Ostium, en latín, significa puerta. Y ostia, que es neutro plural, puertas. ¡Que se note que estudié latín "in illo tempore"!

Si vamos en tren tenemos que pagar, ya que (la tésera) el abono semanal, nos vale sólo para los autobuses, el tranvía y el metro, (que no es poco). Así que decidimos ir en coche. ¿Por dónde? La guía ya lo dice. Por la Vía del Mare. Miramos el plano de Roma y es muy sencillo. Tenemos que ir hacia EUR y de allí es todo recto. Hasta EUR ya nos indicará la tía, que ha estado allí alguna vez. EUR es a Mussolini lo que El Valle de los Caídos es a Franco.

Aunque ya habíamos circulado por Roma en sábado y en domingo, todavía no conocíamos la circulación de Roma. Ya nos había advertido la tía que los fines de semana Roma se despuebla. La verdad es que había mucha circulación. Pero es que lo de hoy es el summum y, a la vez, lo normal. Coches que suben. Coches que bajan. Coches que adelantan. Coches que se cruzan. Tampoco nuestro chofer se queda manco, y también a nosotros nos pitan.

Desde EUR vamos siguiendo los indicadores hacia Ostia. Para cuando nos damos cuenta nos hemos metido por la autopista sin peaje hacia Fiumicino y Civitavecchia. No es precisamente la Vía Aurelia de nuestros dolores pero se nos pone la carne de gallina sólo con leer Civitavecchia. (Al ir a Roma nos perdimos por la vía Aurelia y casi llegamos hasta Civitavecchia). Pero no vamos tan mal. Podemos ir hasta Fiumicino y desde allí nos desviamos a la izquierda hacia Ostia. Nos desviaremos solamente un poco, y además vamos por autopista, que no es mala cosa. Hay un momento de peligro: desviación a Fiumicino y a Civitavecchia. Huimos rápidamente de esta última y sentimos un gran alivio. Luego nos vamos acercando al aeropuerto Leonardo da Vinci. Nos acercamos tanto que parece que tenemos que entrar dentro aunque no queramos. Es entonces cuando Juan José empieza a decir que nos hemos confundido.

– No puede ser, en la guía viene bien claro.

Y cuando parece que la carretera nos vomita sin remedio al aeropuerto, vemos en unas isletas un indicador que nos manda a Ostia.

Vamos por una carretera (no ya autopista) que nos indica Ostia y Roma. Hemos cruzado el cruce de Fiumicino, pueblo, y veo en la guía que en

el próximo cruce si tomamos a la derecha iremos a Lido di Ostia y si tomamos a la izquierda iremos a Ostia Antica, ya camino de vuelta a Roma; pero los indicadores están mal. En ningún momento hablan de Lido de Ostia y Ostia Antica como dos poblaciones distintas. Hablan sólo de Ostia. Así, cuando llegamos al cruce, pone "Lido di Ostia" a la derecha y a la izquierda "Roma". Yo le digo a Juan José que tire a la izquierda y se me ríe.

– ¿Es que volvemos a Roma o qué?

– Claro. Volvemos un poco hacia Roma y entramos en Ostia Antica.

– ¿No pone Ostia hacia la derecha?

– Sí. Pero es Ostia la nueva y nosotros vamos a la antigua.

Para cuando terminamos la conversación vamos ya camino de Lido di Ostia. Hermosa carretera, sí señor, pero no se puede dar la vuelta porque hay línea continua. Así que tenemos que entrar hasta el pueblo y meternos por la primera calle en la que se puede girar por su anchura y por tener isleta.

Mientras esperamos para poder salir en dirección contraria a la que hemos venido, pensamos en lo curioso que es que Ostia Antica estuviese en su tiempo a la orilla del mar (era puerto) y ahora esté a 4 ó 5 kilómetros de distancia. Se ha ido formando un delta con los arrastres del Tíber. Delta que, como es lógico, es completamente llano.

Volvemos, pues, hasta el cruce y tomamos la dirección a Roma. Entramos a Ostia Antica rodeando también una isleta donde entraban más caminos y donde todos queríamos salir a ser posible antes que el otro. Salimos cuando podemos y entramos en perpendicular. Llegamos a una pequeña y pacífica población. Allí no se ven ruinas por ninguna parte. Tomamos a la derecha y nos vemos más perdidos que Carracua. No tengo más remedio que bajarme del coche y preguntar. Teníamos que haber tomado a la izquierda. Rectificamos hasta encontrar un "cancello" (léase canchelo), una verja de hierro por donde entramos con coche y todo. Un paseo bordeado de pinos hasta encontrar sitio holgado para aparcar.

Y empezamos con la misma gaita de siempre. La máquina fotográfica, que pesa como una condenada, colgada al cuello, y el cuello dolorido. En la mano, la guía Michelin. Si tengo que sacar una foto ¿dónde pongo la guía? Menos mal que tengo a mi lado a Mirenchu, remedio de todos mis males.

– Toma la guía, dame la guía, cuidame la guía, guárdame la guía.

Como el estribillo de aquella canción de mis 20 años, que yo también los tuve: “Coge la palanca, toma la palanca, deja la palanca y ven”.

Lo primero que encontramos son unos mosaicos preciosos. Son todos de temas marineros: pescadores, barcos, ballenas, navegantes, anclas, veleros, remeros y aves marinas.



Mosaicos

Luego, el teatro. Un teatro muy bien conservado, probablemente reconstruido, donde están efectuando representaciones estos días. Hay un tablado en el sitio del escenario, y en los alrededores del teatro, casetas metálicas para el servicio de luces, vestuarios, etc. y casetas cilíndricas, parecidas a cohetes lunares, para servicio de otros servicios, donde ponía “latrina”.

Y comenzamos a recorrer las ruinas. A veces tomamos una senda. Otras nos metemos a una zanja de difícil salida. Otras, caminamos sobre un muro.

Una cosa está clara. Que la extensión de las ruinas es enorme. Dice la guía que Ostia llegó a tener 100.000 habitantes. Y que se necesitan 4

horas para visitarla ahora. Trae un plano muy detallado de las ruinas, lo suficiente para andar siempre desorientados.

Entre ruinas y vegetación vemos una estatua de un emperador romano sin cabeza. Ya nos han dicho que hay alguna estatua donde la gente se pone detrás para sacarse una foto prestando su cabeza a la estatua. Y debe ser ésta. Nosotros no vamos a ser menos y nos acercamos a ella.

De lejos parecía de tamaño natural, por lo que resultaría cómodo ponerse en el pedestal y apoyar la barbilla sobre el cuello de la estatua y salir en la foto vestido de emperador, al igual que en las ferias se sale vestido de torero poniéndose detrás de un bastidor pintado. Pero al encaramarnos a la peana vemos que la estatua es bastante más alta que nosotros. Entonces comprobamos que es esa precisamente la estatua donde se saca fotos la gente y la manera en que se pone para sacárselas. Porque en mitad de la pierna derecha (que la estatua tiene ligeramente doblada “en su lugar descanso”) han puesto una pieza metálica con unas púas de varios centímetros para evitar que la gente (que a veces somos nosotros) pise allí. Pero han venido otros y han martilleado concienzudamente las púas para poder poner el pie y sacarse la ineludible foto de emperador. Y es lo que hemos hecho. Pisar la media pierna de la estatua. Agarrar



Emperador con cabeza

de mala manera los salientes en postura inestable. Escuchar a Juan José decir –Mete esa rodilla, mete ese codo– al fin he podido salir en la famosa foto. (Bueno, la verdad es que salió desenfocada. Menos mal que la que le saqué yo a él estaba mejor).

Cerca del teatro hay una especie de capillita. Hemos conseguido localizarla en la guía y vemos que es el Mithraeum de las Siete Esferas. El mejor conservado de los templos dedicados a Mithra, que tan abundantes son en Ostia. Mithra era un dios de origen persa, importado de Asia Menor por los soldados romanos, protector de los hombres, cuyo culto se extendió mucho por Roma. Se le representaba con un gorro frigio o tiara (¿mitra?) sacrificando un toro con un largo puñal. Desde una ventana vemos dos bancos laterales reservados a los iniciados y, al fondo, un relieve representando el sacrificio del toro.

De allí salimos a la calle “Decumanus Máximus”. Es la principal de la ciudad (algo así como la Calle Mayor) y la atraviesa de este a oeste. Está pavimentada con grandes losas negras de piedra, probablemente volcánica. Piedra durísima, que ha adquirido con el uso cierto pulimento. A veces, al borde de la calzada, se ven excavaciones que ponen al descubierto muros de construcciones más antiguas soterradas.

encontrar: un retrete público. Es un recinto cuadrado, y a lo largo de tres de sus paredes tiene unos asientos formados por losas de piedras horizontales con sus respectivos agujeros. Muy parecidos a los que había en nuestros caseríos hechos con tablas de madera. En estos de Ostia, las losas verticales que forman el asiento también tienen agujero, lo que nos deja un poco desorientados. ¿Sería para facilitar las aguas menores en posición de pie? Y, hablando de aguas, por debajo de los “asientos” corrían canales, por lo que la limpieza de las letrinas sería automática.



Retrete público

Llegamos a un edificio grande de ladrillo, el mayor y mejor conservado de la ciudad, al que se accede por una gran escalinata. Debe de ser el Capitolio, el templo más grande de Ostia según la guía. Enfrente, el Foro, que todavía conserva algunas columnas.

De allí en adelante sí que anduvimos perdidos, visitando ruinas, subiendo escaleras... En una zona se conservaban todavía muy bien vestigios de pinturas en las paredes. Las escaleras que subíamos debían pertenecer a las “insulae”, casas por pisos para los pobres. Los ricos tenían sus “somi”, casas con atrio y jardín. (Después de más de 2.000 años no hemos cambiado casi nada).

En Ostia murió Santa Mónica, la madre de San Agustín, esperando el barco que debía llevarla hasta África. (Hoy en día, muchos se mueren esperando a la RENFE, lo que pasa es que el médico certifica paro cardíaco). Hay en algún sitio una lápida que recuerda esto, lo de Santa Mónica, no lo de la RENFE. La tía Flora está empeñada en encontrarla. Está casi tan desorientada como yo, que soy el que llevo la guía. Después de dar unas vueltas por el oeste de la ciudad, al fin cree que está en el este, justo por donde hemos entrado.



“Decumanus Máximus”

Hay construcciones de ladrillo, aunque hay algunas también reticuladas, con losetas de toba (caliza porosa) formando losange, como las que vimos hace unos días en Villa Adriana (Tívoli).

A veces la calzada está algo hundida formando un badén. Por lo visto, el suelo ha fallado por debajo, acaso por alguna vía de agua.

Deambulamos por aquellas calles sin rumbo fijo. En un recinto que todavía conservaba las paredes, encontramos lo que menos esperábamos

Y se vuelven hacia allí la tía, Coro y Miren, por la "Decumanus Máximus".

Mientras, Juan José y yo preferimos perdernos entre las callejas, ruinas y fosos.

Encontramos una gran estatua, también sin cabeza, sobre una especie de isla a la que no se puede acceder más que bajando a los fosos. Encontramos un recinto lleno de grandes vasijas semienterradas en el suelo, que debían ser los almacenes de aceite. De allí salimos al museo que, no sé por qué, estaba cerrado. Ante el museo, se encontraba una estatua de alguna diosa tendida sobre un diván y descabezada. Aprovecho para sacarle una foto a Juanjo poniendo su cabeza donde debía estar la de la estatua. (También salió borrosa).

Después, encontramos varios molinos en otro recinto. No ya los pequeños molinos romanos manuales que solían encontrar los familiares que teníamos en Herramélluri (La Rioja), sino unos molinos ya en plan industrial. Eran unas bases cónicas de piedra negra de más de un metro de altura. Sobre ellas se apoyaba una especie de diábolo, también de piedra negra, con unas ranuras por las que introducir largas pértigas de madera impulsadas seguramente por bestias, que harían mover el molino como en las norias. Y por la parte de arriba, un agujero por donde echar el trigo que saldría por abajo convertido ya en harina.

Alcanzamos a las mujeres junto a la lápida en que cuentan el suceso de Santa Mónica. La tía Flora les ha leído, de un libro de San Agustín, la despedida de la madre. Es hermoso que leamos todavía escritos de hace mil seiscientos años y todavía les saquemos fruto.

Junto al teatro estaban vendiendo postales de Ostia, según nos dicen las mujeres cuando llegamos. Pero soy yo el que lleva las liras, y nadie puede comprar nada si no estoy yo. Aunque acudimos presurosos, ya han levantado el campo. No los vemos por ninguna parte. Paseamos un poco más por el extremo del "Decumanus Máximus". Nos sacamos una foto junto a un templo reconstruido con restos de mármol. Y damos por concluida la visita.

¿He dado una idea, siquiera aproximada, de las ruinas de Ostia?

Han pasado ya dos meses, precisamente se cumplían el día que lo escribí, y mi memoria es muy débil. En su día no tomé notas. Además, ¿cómo trasladar al papel las emociones que se sienten dentro, muy dentro?

Entre las ruinas, pinos y cipreses, en algunos sitios la hiedra ahoga las paredes. En los patios que forman los restos de las casas nacen arbustos e higueras silvestres.

Se siente la calma, la quietud de las cosas muertas.

Arriba vuelan, indiferentes, las golondrinas.



Tía Flora

